

LA ESTRELLA QUE BRILLA MÁS

- ¡Tírame la pelota, Jaime!!

¡Pasámela rápido, Manuel! -¡Gol, gol!" -gritó Luís. -Estamos 3 a 2 -dijo Marta.

-Manos a la obra!, centro deprisa! -gritaba Carles- -que mamá nos hará entrar pronto a cenar.

Pero, no. No fue la madre la que restañó el juego, fue el abuelo Narciso, que en aquel instante apareció en el jardín. Escuchar los cuentos del abuelo pasaba por delante de fútbol y de cualquier otra cosa.

-¡Abuelo, un cuento! -gritaron los cuatro hermanos.

-Es tarde, pero, va, sentaos, que empiezo; pienso que os gustará mucho hoy. "Había una vez..." -empezó el abuelo- "un chico muy vivaracho".

-¿Cómo se llamaba? -interrumpieron todos a una.

-Se llamaba Albert -dijo el abuelo. -Ave, continuamos... Albert estaba embelesado aquella tarde al anochecer, porque, desde el jardín de su casa, veía una estrella que brillaba más que las otras. Se la miraba y miraba, y cada vez le parecía que brillaba más, y él quería saber por qué.

-A ver, abuelo, si vemos también nosotros una que brille más que las otras -dijo Marta.

Y los cuatro niños levantaron de golpe la vista al firmamento, buscando la estrella luminosa.

-Mirad allá, aquella pequeña, ¡qué luz que hace! -exclamó Luís. -¡Oh, sí! ¡Es verdad! -dijeron los otros. -¿Por qué será, abuelo?.

- ¡Venga! Volveos a sentar, que continúo. Yo sé porque brilla más y también lo supo el chico de mi cuento.

Pero en aquel instante que el abuelo iba a retomar la narración, la madre apareció en la puerta diciendo:

- ¡A la mesa todo el mundo! Que se enfría la cena.

-Abuelo, ahora nos quedamos colgados en la respuesta de la estrella... -refunfuñaba Marta.

-Mira, ahora no tenemos que hacer enfadar a mamá, que se ha esforzado en hacer la cena. Mañana os prometo venir más temprano y lo continuaremos. Los cuatro hermanos aceptaron la propuesta del abuelo y entraron a casa a cenar. Cuando fue la hora de ir a dormir, cada uno se retiró a su habitación. Luís era el mayor y dormía solo. Jaime y Manuel compartían habitación, y Marta tenía también una para ella.

Luís se puso en la cama, con el interrogante abierto del cuento del abuelo y de la estrella que habían visto brillar, y de repente un toc-toc a la ventana de su habitación. Un poco asustado se levantó. ¿Quién podía ser, en aquella hora de la noche y en su ventana?

Abrió con mucho cuidado para no hacer ruido, para que no se despertaran los



padres, que dormían en el cuarto de al lado y... vio un rayo de luz, tan fuerte, que lo cegaba y no podía casi ni mirar.

-Luís -le dijo el rayo -¿no querías saber por qué hoy una estrella brillaba más que las otras arriba del firmamento?... Pues, mira, no tengas miedo. Yo soy un rayo de luz de aquella estrella. Si quieres, vístete deprisa, sube encima mío y te llevaré a la estrella. Después ya verás porque hoy brillaba tanto.

El chico se vistió lo más deprisa que pudo. El corazón le iba a no sé cuánto..., se abrigó bien, faltaban pocos días para la fiesta de Navidad y hacía frío.

- ¡Ya estoy! -le dijo al rayo, - apártate que salto por la ventana al suelo del jardín y subo encima tuyo.

Dedo y hecho.

- ¡Cógete fuerte! -le dijo el rayo de luz -¡Marchamos!

Y fueron subiendo y subiendo. Cada vez veía las casas del pueblo más pequeñas y las montañas parecían de juguete.

¡Arriba!, arriba!..., llegaron a la estrella.

No puedo explicaros la emoción de Luís cuando el rayo le dijo: -¡Salta! ¡Ponte encima de la estrella!... ¿Qué me dices?

¡Nada! No pudo decir nada Luís. No podía creerlo. Mañana lo explicaría a sus padres, al abuelo, a los hermanos y a los amigos, pero nadie lo creería. ¡Esto era demasiado!...

Tan emocionado estaba en medio de tanta luz, que no sentía ni la voz del rayo, que le iba diciendo:

-Marchamos, que el tiempo pasa y antes de que se haga de día, tienes que ver más cosas...".

Fue a volver a subir sobre el rayo y marcharon. Entonces, este le dijo: -Ahora, has visto la estrella, y ahora te haré ver porque hoy brilla tanto.

El rayo llevó a Luís a un pueblo de la costa catalana, concretamente a Calella.

-Ahora, con mi poder te haré revivir y visionar el que sucedió ayer, en la escuela de esta población. Presta atención y tú mismo descubrirás porque la estrella brilla tanto esta noche.

Lo llevó hasta la escuela del pueblo. Allá lo dejó y le dijo:

-Ya volveré a buscarte. Ahora, mira y escucha todo lo que pasa, a ti no te verá nadie.

Luís entró a una clase y se sentó. Aun así nadie lo veía y pudo seguir tranquilamente lo que allí sucedía.

Eran cerca de las 11 de la mañana. El profesor explicó a sus alumnos la fiesta de Navidad. El acontecimiento más grande de la historia de la humanidad.

Dios, en la persona de su Hijo Jesús, viene a vivir entre los hombres como uno de tantos.

El profesor remarcó mucho el gran amor de Dios, al enviarnos su Hijo, para salvar la humanidad descarriada, y decirnos que la única manera de vivir coherentes y ser felices, es amando, tal como Él, Dios Padre, y Jesús nos han amado y aman.

Acabada la explicación, el maestro salió de clase y dejó una gran caja con corchos, figuritas, musgo, bolas, luces..., mucho material para montar un precioso pesebre y adornar la clase.

- ¡A ver, qué sorpresa me dais! -dijo antes de dejarlos y salir.

Nadie respondió, nadie se atrevía a tocar la caja. Todos se miraban cómo asustados y tristes; tan solo se acercó un niño de la clase y empezó a sacar las cosas. No sé el nombre, porque nadie lo pronunció. Los otros se reunieron en un ángulo de la clase y con voz más bien baja empezaron a hablar.

Yo me acerqué para sentir lo que decían. Escucháis!...

-Chicos, no oíais un rau-rau adentro cuando el maestro nos hablaba del amor de Dios y que nosotros nos tenemos que amar tal como Él nos estima y tal como lo hizo Jesús?...

Todos asintieron, diciendo que sí.

-No podemos hacer el pesebre, no. Nosotros no amamos lo suficiente.

-“Es verdad”, dijo otro-. No queremos a Pedro, no lo queremos y le hacemos el vacío siempre.

Deduje que el chico que iba sacando las cosas de la caja era Pedro, a quien habían dejado solo.

Pero Luís no sabía porque no querían a Pedro. ¿Qué había pasado?... No tardó mucho a saberlo, porque otro de los chicos dijo:

-Nunca lo hemos querido, desde que al inicio del curso vino nuevo, porque su padre es muy rico, es el alcalde del pueblo y él tiene mejores juguetes que nosotros, pero no le hemos dejado la posibilidad de saber realmente cómo es, ni de saber si compartiría las cosas con todos, porque desde el primer momento nos propusimos hacerle el vacío.

-Recordáis cuando quería chutar la pelota en el patio y jugar con nosotros, que nuestro grito era: -Tú, esta no la chutes, te compras una para ti solito. Tu padre ya tiene suficiente dinero para dártela.

-Y a mí un día me pidió la goma y también le dije que se comprara una, que la mía era para mí, dijo otro.

Y todos iban explicando su mal comportamiento con Pedro, que había quedado triste y completamente aislado en aquella clase.

Un chico rubio, que parecía muy espabilado, tomó la palabra y dijo:

-¡Mirad, compañeros! Solo tenemos dos caminos: o no hacemos el pesebre ni celebramos la Navidad, aquí en la escuela, y seguimos con el remordimiento que nos va mordisqueando y lo tendremos todas las fiestas dentro del corazón, o hacemos lo que Jesús quiere: pedirle perdón, y ¡fuera remordimiento!

Otro respondió:

-Esto está bien, pero cuesta mucho. A ver quién es el guapo que se le acerca y le dice que nos perdone. ¡Yo, no!

-Ni yo..., ni yo..., me da vergüenza... -era todo lo que oí...

-Pero a ver -volvió aquel niño rubio -¿estáis arrepentidos de lo que hemos estado haciendo?... ¿Hemos comprendido lo que quiere Jesús y nos pide?... Todos hemos hecho la Primera Comuni3n y decimos que somos amigos suyos. Pues, qué tipo de amigos seguiremos siendo si no sabemos perdonar?.

-Yo no lo había pensado antes-, dijo un de pequeño con ojeras -pero así no quiero continuar.

-¡Ya está! Tengo una idea, -dijo otro. Hagámosle una carta, se la llevamos a casa al salir, y por la tarde cuando llegue le damos un gran aplauso. Qué, ¿verdad que soy listo?...

Pues, sí, era listo. E hicieron una carta pidiéndole perdón y la firmaron todos. La echaron bajo la puerta de su casa, al salir de la escuela. Yo, que los iba siguiendo, lo pude ver.

Pedro, al llegar a casa, recogió la carta, la leyó y se echó a llorar emocionado. ¡Al fin tendría amigos!... Él quería ser amigo de todos y compartir lo que tenía. Era un buen chico, sencillo y humano, pero no le habían dado la oportunidad de demostrarlo.

Por la tarde, al volver a la escuela, cuando Pedro entró en clase, los compañeros ya estaban, lo esperaban. Y un gran aplauso resonó por toda la escuela. El profesor entró al sentir el alboroto, y no dijo nada, se añadió al aplauso. Él también era consciente del vacío que le hacían a Pedro, y, muchas veces que había intentado que lo aceptaran, hablando aparte con ellos, no lo había conseguido; pero sí lo había hecho el amor de Aquel que todo lo puede. Jesús, en su nacimiento, había hecho penetrar la chispa de su amor en el corazón de aquellos niños.

Todos juntos empezaron a hacer el pesebre...

-Pedro, pon más corcho... Pedro, ¿qué te parece así?... Pedro, ¿qué pastorcilla ponemos?... Todos querían ser amigos de aquel que durante tanto de tiempo había sufrido en su corazón el vacío de sus compañeros.

Ahora sí que podían celebrar la Navidad!... Ya no tenían el rau-rau en el corazón.

Podían mirar al Niño Jesús en la cuna y decirle:

-Te queremos y nos queremos, como Tú quieres.

Estaba Luís absorto con todos estos acontecimientos, cuando volvió el rayo de luz.

- ¡Venga! ¡Sube! Que tienes que volver a la habitación. Ahora ya sabes por qué la estrella esta noche brilla tanto...

Cuando en la tierra nos amamos, en el cielo hay una estrella que brilla más.

¡Qué bonito era todo...! Y mamá, de repente, lo estropeó...

-Luís, las 8. ¡Venga!, ¡levántate!... ¡Llegarás tarde a la escuela!

¡Había sido un sueño maravilloso que recordó toda la vida!

Nunca he sabido qué explicación les dio el abuelo al día siguiente, pero yo me quedo con ésta. ¡Es tan bonita...!

Montserrat Llopart